

JODI MEADOWS

Noctambulula



FANDOM BOOKS

Título original: *Nightrender*

1.ª edición: septiembre de 2022

© Del texto: Jodi Meadows, 2022
Publicado originalmente por Holiday House Publishing, Inc., Nueva York.
Derechos de traducción cedidos por mediación de
Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

© De la ilustración de cubierta: Studio Kösen, 2022
© De la traducción: Jaime Valero, 2022
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García
Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

ISBN: 978-84-18027-72-7
Depósito legal: M-12629-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

JODI MEADOWS

Noctámbula

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

Para Lauren, la ambiciosa

PRÓLOGO

A sí es el mundo: un continente llamado Salvación, tres reinos y una guerra tan antigua que nadie sabe qué la desencadenó. Combaten, se repliegan, conspiran y, lo más importante, olvidan lo que jamás debería olvidarse.

O mejor dicho, lo intentan. Es imposible olvidar del todo la Malicia, porque en el centro de Salvación —en el punto de encuentro entre los tres reinos— hay una barrera mágica que zumba y destellea. Recibe el nombre de Malfreno y es lo único que se interpone entre los tres reinos y la oscuridad que se filtra a través del Desgarro.

En cuatrocientos años, nada ha podido traspasar el Malfreno. Incluso las cicatrices de la última incursión se han convertido en algo cotidiano para los habitantes de los tres reinos. Se limitan a sobrellevar la realidad que les ha tocado vivir. Evitan los malsitios, como los cepos o los vacíos gravitatorios. Se aseguran de coger provisiones de sobra si se adentran en los bosques llameantes. Si pueden, llevan obsidiana.

Es comprensible ese deseo suyo de olvidar. La gente debe adaptarse; si no, vivirían con el terror constante a la siguiente incursión. Nunca se haría nada: no se cultivaría, ni se forjaría, no habría gobiernos, ni impuestos, ni construcciones, no habría minas, ni molinos, ni se tendrían hijos. La vida debe continuar y, a estas alturas, los habitantes de Salvación son unos expertos en eso. Aun así, adaptarse es una cosa; olvidar es otra muy distinta. Como todos están tan ocupados luchando, olvidando aquello que deberían esforzarse por recordar, no se han preparado para lo inevitable: otra incursión.

Siempre termina llegando, y pasados cuatrocientos años desde la última, hay quien dice que ya va tocando otra.

Así es el mundo —el continente, los reinos, la guerra—, pero pronto nada de eso importará, pues el Malfreno se está debilitando: todo lo que está atrapado en su interior saldrá en tromba, y la única que podría defender esta maraña de supervivencia, olvido y lucha...

En fin, todavía está durmiendo.

La isla de Ventisca se encuentra al noreste de Salvación. Nadie va allí. Es una roca cubierta de hielo donde no germina nada, cuyo único edificio es una torre azotada por el viento que podría desplomarse cualquier día.

Hace muchos años, la torre era una obra de arte, un monumento construido para honrar a la adalid de la humanidad. Los muros exteriores eran de piedra caliza, con bandas de mármol, granito y arenisca que circundaban la estructura a intervalos regulares. Un enchapado de oro puro, con la forma de unas alas desplegadas, cubría el costado meridional de la torre. Cuando el sol proyectaba sus rayos sobre ella, las alas centelleaban.

Pero tras cuatro siglos de abandono, la actividad sísmica de la isla ha afectado a la estructura: primero se desprendió el oro, y luego, se aflojaron las bandas, que se inclinaron y se agrietaron. Alrededor de la torre, el suelo está cubierto de fragmentos rotos, pero nadie viene a robar ese valioso material. Aunque la isla no estuviera cubierta de nieve la mayor parte del año, nadie se atreve a acercarse demasiado a la durmiente que habita en la torre.

Noctámbula.

Es una leyenda, un ser tanto de luz como de oscuridad, creada con el único propósito de defender Salvación frente a los rencores.

Eso es lo que hay al otro lado del Malfreno: rencores, criaturas demoníacas que pervierten todo lo que tocan. Pesadillas encarnadas que han estado a punto de someter el continente demasiadas veces como para enumerarlas. Noctámbula es la única que puede derrotarlas, y durante incontables siglos, los habitantes de

los tres reinos la veneraron como a una especie de semidiosa. Construyeron la torre, le hicieron ofrendas y se aseguraron de que no le faltase de nada. (Ella jamás deseó riquezas, ni tierras, ni posesiones, pero podría haberlo tenido todo.) En los cuadros —aquellos que no fueron destruidos tras el Amanecer Rojo—, se la representa imponente y fiera, con unas alas enormes, repletas de plumas, y una espada compuesta con el material del que está hecha la noche, terrible y maravillosa de admirar.

Pero la gente ha dejado de pintarla.

Aquí, en esta torre, parece una niña que duerme bajo un dosel de telarañas, totalmente inmóvil, sin respirar apenas, gélida al roce. (Aunque nadie en su sano juicio se arriesgaría a tocarla, dormida o despierta.) Mientras la ventisca arrecia en el exterior y la nieve se acumula en su ventana, Noctámbula sueña.

Ve el Malfreno al otro lado de sus párpados cerrados. De lejos parece una cúpula inmensa, tan alta que se pierde entre las nubes; pero, de cerca, es un muro recto e infranqueable que impide que la Malicia se expanda. De ahí su nombre.

Lo cierto es que el Malfreno no es ni un muro ni una cúpula; es una esfera que se adentra a través de las capas de la tierra hasta sumergirse en el magma, que no le produce ningún daño; si acaso, el fuego fortalece su magia. Es un conjunto de energía crepitante, valles y montañas escarpadas, ríos y cañones. Quedan incluso los restos de un pueblo partido por la mitad y un cementerio donde, durante una incursión, los muertos se levantaron y se fueron. Allí ya no queda nadie enterrado.

En su sueño, Noctámbula atraviesa el Malfreno.

Accede a una realidad fantasmagórica que no cumple las mismas reglas que en el resto del mundo. La topografía es tal y como cabría esperar —colinas donde deberían estar las colinas, ríos donde debería haber ríos—, pero tras varios milenios de corrupción, ha habido algunos... cambios.

No resulta agradable verlos.

Pero Noctámbula ya ha visto eso antes y no permite que le afecte. Al fin y al cabo, se ha adentrado en la Malicia más veces

que nadie —físicamente, no solo en sueños—, y esta vez no resulta más complicada que la anterior.

Excepto...

Excepto que ahora hay algo distinto, algo que la saca del sueño con un sobresalto y la empuja hacia los confines de la consciencia. Se afana por despertar y cumplir con su deber, pero no ha sido invocada, y mientras la gente no le pida ayuda, seguirá atrapada aquí, durmiendo. De sus labios escapan unos suspiros breves y suaves, los únicos indicios de vida que ha mostrado en los últimos cuatrocientos años. Después exhala, con una bocanada larga y continuada, y una nubecilla de aliento se forma en el aire frío, sobre su cabeza. Y vuelve a quedarse dormida.

No la han invocado.

Pero deberían hacerlo. La gente que vive cerca del Malfreno debería prestar atención a sus temblores y a sus puntos débiles, y hacer caso de sus sueños premonitorios. Los gobernantes deberían olvidar sus disputas por un momento para advertir que es hora de almacenar comida y agua, de conducir a sus ciudadanos hacia la dudosa seguridad de las ciudades amuralladas. Y alguien, quien sea, debería despertarla. Porque en las profundidades de la Malicia, más allá de las montañas mutiladas, los ríos fangosos y los extraños lapsos de tiempo, los rencores han erigido lo que algunos podrían considerar un castillo, construido a partir de millones y millones de huesos humanos.

Como la mayoría de los castillos, este tiene una sala del trono. Hay dos tronos en el centro de un espacio octogonal, aunque solo uno de ellos está ocupado. El otro está vacío. Esperando.

Esta es la fuente de la inquietud de Noctámbula, de ahí su desesperación por despertar. Los rencores no erigen castillos ni construyen tronos. Eso significa que algo ha cambiado en ellos.

La figura del trono.

Esa es la amenaza.

Ella lo sabe de inmediato, pero no puede actuar. Si nadie la invoca, el Malfreno no tardará en caer.

Y el mundo pasará a ser así:

1. HANNE

Antes de todo esto, Hanne tenía un montón de ideas pragmáticas sobre el matrimonio.

Desde niña, se había preparado para desposarse con alguien muy rico, poderoso y con influencias políticas. Se sentía satisfecha imaginando un matrimonio sin amor. Eso de que las princesas se enamorasen de apuestos caballeros y los príncipes de granjeras avisgadas solo ocurría en los cuentos. Y tampoco había que olvidar esa charla que había mantenido con su madre (cuando tenía trece años), en la que la animaba a engendrar herederos primero y a buscarse sus «arreglos» después. Es decir, a buscarse aventuras al margen de su cónyuge, si le apetecía.

Así funcionaba la mayoría de las parejas políticas.

Pero aun guiándose por ese concepto funcional que Hanne tenía del matrimonio, su situación era inusual.

LA PRINCESA HEREDERA JOHANNE FORTUIN DE EMBRIA SE CASARÁ CON EL PRÍNCIPE HEREDERO RUNE HIGHCROWN DE CABERWILL.

Ese era el titular que se repetía en todos los periódicos desde Solcast, en Embria, hasta Brink, en Caberwill. Y, seguramente, también en todos los periódicos de Ivasland.

Una boda real.

Dos reinos enfrentados, unidos por el desprecio mutuo hacia el tercero en discordia.

¿Qué era lo que no contaban los periódicos ni los chismorreos? Los planes de Hanne para después de la boda: primero conquistaría Ivasland con el poderío de sus dos ejércitos, y después borraría del mapa a su esposo y a su familia al completo. Por último, se convertiría en la reina absoluta.

Aunque fuera poco ortodoxo, su plan pondría fin a la guerra, algo que toda Salvación necesitaba desesperadamente.

Cierto, los tres reinos no estaban oficialmente en guerra en ese momento, pero esa pausa nerviosa en la que se encontraban no duraría demasiado. Con el tiempo se acabaría el alto al fuego, cesarían los intercambios comerciales y se retomarían las matanzas. Siempre pasaba lo mismo.

Así que la mayor ambición de Hanne era la paz. Si tal cosa era posible, ella la conseguiría.

Que el plan condujera a la victoria de Embria y al nombramiento de Hanne como reina suprema solo era una consecuencia afortunada.

—Al menos es agraciado.

Nadine —la prima favorita de Hanne, que además era su doncella y la única persona del mundo con la que le gustaba compartir su tiempo— se asomó a la ventanilla del carruaje, donde el ambiente estaba cargado. Estaban solas en su interior, pero fuera las rodeaba todo un regimiento de nobles, diplomáticos y soldados que viajaban a Brink para la boda.

A Hanne le había gustado la perspectiva del viaje, al menos hasta que comprendió que tendría que pasarse todo el trayecto encerrada en el carruaje. Quería sentir la brisa, ejercitarse, pero sus padres no se lo permitieron. Insistieron en que se sentara en esa jaula mal ventilada, mientras los demás se divertían.

—Nos sigue pareciendo atractivo, ¿verdad? —Nadine miró a Hanne por el rabillo del ojo. Después volvió a asomarse por la ventanilla, desde donde tenían una bonita vista de Rune High-crown—. Al menos, hay que reconocer que tiene un buen porte.

Nadine, la dulce Nadine, siempre se esforzaba mucho por ver el lado bueno de cualquier situación.

Pero para Hanne el único lado bueno era el resultado final, y estaba dispuesta a soportar cualquier suplicio con tal de alcanzar sus objetivos.

—Tiene un nombre ridículo —se limitó a decir.

Aun así, eso no le impidió admirar su notable estatura y su impecable postura a lomos de su semental, cuyo pelaje era tan oscuro como el plumaje de un cuervo. Cabalgaba ligeramente por delante de ellas, así que no podían ver su recia mandíbula, ni la barba incipiente que se estaba dejando crecer desde que salieron de Solcast, pero Hanne ya había tenido ocasión de grabar esos detalles en su mente. Al atardecer, cuando la caravana se detenía a hacer noche, les concedían a los dos «tiempo a solas», que aprovechaban para pasear por el claro (o por la orilla del lago o por la linde de un bosque llameante) para llegar a conocerse mejor mientras Nadine y varias doncellas más los seguían a una distancia prudencial.

—No puede evitar llamarse así —replicó Nadine.

De las dos, sin duda ella era la más buena, lo que significaba que Hanne tenía que cuidarla, porque si algo le había enseñado la experiencia era que la gente corriente se aprovechaba de la gente buena. Hanne detestaba a la gente corriente.

—Ni tampoco tener ese aspecto —repuso Hanne—. No lo halagues por un atributo que no depende de él, mientras lo excusas por otro.

Nadine puso los ojos en blanco, algo que jamás habría hecho de haber estado presentes las demás doncellas de Hanne; pero cuando estaban las dos a solas, podían relajarse. Nadine intentaba mostrarle a su prima el lado bueno de absolutamente todo, mientras que Hanne se esforzaba por enseñarle a Nadine a protegerse de la ya mencionada gente corriente.

—Rune podría negarse a peinarse o a cuidarse la piel. Podría andar encorvado o masticar con la boca abierta. Por suerte para ti, tiene modales y vanidad suficientes como para resultar agradable a la vista.

—Al menos, hasta que tenga que matarlo. —Hanne tocó el puñal que llevaba escondido en una bota.

—Al menos, hasta que tengas que matarlo —coincidió Nadine—. Pero intenta no echarle en cara lo de su nombre. La culpa la tienen sus ancestros.

Eso era cierto. En el pasado, los habitantes de los tres reinos compartían un sistema común para denominarse: nombre de pila y apellido, todos ellos tomados de los invasores y refugiados que alcanzaron las orillas de Salvación hacía muchísimos años. Se mezclaron unos con otros, como suele pasar, pero cuando los tres reinos decidieron odiarse entre ellos y dividirse, los habitantes de Ivasland comenzaron a llamarse como los pueblos donde vivían, y los habitantes de Caberwill decidieron tomar sus nombres de virtudes, composiciones y otras tonterías.

«Highcrown». Qué ridiculez.

Claro está, el apellido de Hanne era Fortuin, que solo era mejor porque ella había decidido que lo fuera.

Aun así, había algo en Rune Highcrown que le gustaba, muy a su pesar. Quizá fuera su determinación para proteger su reino, o el hecho de que estuviera dispuesto a acudir a Embria (territorio enemigo) para negociar el contrato matrimonial en persona. Ese príncipe no delegaba en nadie. Hanne tardaría en olvidar el aspecto que tenía cuando entró con paso firme en la sala del trono aquel día, ataviado con las austeras prendas negras y grises tan de moda en Caberwill, con el cabello oscuro y meticulosamente despeinado. Cuando se presentó ante la totalidad de la corte embriana, habló con un halo de confianza que exigía respeto.

Los soldados de Hanne podrían haberlo matado en ese momento, y seguro que Rune lo sabía, pero el problema con Ivasland era demasiado preocupante. Si era cierto que Ivasland había roto los Acuerdos de Ventisca, tal y como afirmaban los rumores, la afrenta exigía una respuesta rauda y contundente: un matrimonio.

En realidad, era asombroso que los espías de Embria hubieran descubierto el complot. Gracias a unas rigurosas medidas de seguridad (inspecciones frecuentes y aleatorias, presencia cons-

tante de soldados y una impresionante campaña de adoctrinamiento que alentaba una lealtad incondicional entre la juventud ivaslandeña), resultaba muy difícil infiltrar espías en las cortes, la universidad o el templo supremo de Ivasland. Pero era posible. Y, a veces, Embria lograba encontrar a alguien dispuesto a cambiar de bando, alguien que estuviera harto de ser pobre o de sentirse ignorado.

Y fue gracias a uno de esos ivaslandeños (un anciano que ansiaba poder y riquezas para sus nietos) como se descubrió esta grave traición.

Ninguno de los reinos, ni uno solo, había roto los Acuerdos de Ventisca en miles de años. Era el único acuerdo entre ellos. Utilizar la Malicia (magia oscura procedente del otro lado del Malfreno) en la guerra... era algo impensable. Temerario. Maligno. Era lo único que los reinos no estaban dispuestos a hacerse entre ellos, ni a sí mismos, porque el resultado final sería la destrucción mutua asegurada.

Por desgracia, los detalles no estaban claros: la confesión del anciano estaba rasgada y emborronada cuando llegó a manos de la maestra de espías de Embria, y la paloma que la transportaba murió en el alféizar de su ventana. El tráfuga desapareció pronto, como era de esperar, y cualquier información que tuviera murió con él. Así que no se conocía la naturaleza exacta del plan de Ivasland para hacer uso de la Malicia. En cualquier caso, una amenaza contra los Acuerdos de Ventisca dejaba dos opciones: La primera eran las sanciones. Aranceles. Todos los castigos económicos sugeridos en los Acuerdos de Ventisca. Las arcas de Ivasland no se recuperarían en cien años o más. Pero eso bastaría para desencadenar otro conflicto armado, así que era preciso considerar una segunda opción: algo menos formal, pero más significativo.

Tras varios días de rezar y conversar con Tuluna (Tuluna la Tenaz, la numen patrona de Hanne), fue la propia princesa la que propuso el matrimonio con Rune, aunque los reyes de Embria (sus padres) no tardaron en adueñarse de la idea, como hacían siempre.

Por supuesto, las inminentes nupcias habrían incrementado el nerviosismo de Ivasland frente a sus enemigos, más ricos y poderosos, y seguro que estarían buscando un modo de impedir la boda...

Pero Hanne no estaba preocupada. Tuluna la había elegido para ganar esa guerra.

—Te toca. —Nadine señaló el tablero de mármol que había entre ellas, donde había una pila de cartas boca abajo y dos figuras de piedra. La de cuarzo estaba tallada en forma de caballo al galope (la de Nadine), mientras que la de ónice representaba a un gato acechando (la de Hanne), y las dos se encontraban a la misma distancia de la línea de meta.

Puede que Nadine fuera el ser humano más bondadoso que jamás hubiera pisado la tierra, pero era una competidora nata cuando se trataba del gambito de mora. Jamás dejaba ganar a nadie, ni siquiera a su futura monarca.

Hanne sacó una carta. La reina. Con una sonrisa, desplazó su figura por el tablero.

Cuando estaba a punto de ocupar el espacio ante la línea de meta, el carruaje tomó un bache y el gato de ónice salió propulsado hacia el cristal de la ventanilla.

El gato se quedó pegado al vidrio vertical, ignorando las leyes de la gravedad. Hanne notó un cosquilleo en el pecho, pero se obligó a contenerlo y se estiró para coger la figura. A veces ocurrían cosas raras. Nada más.

Pero cuando rozó la figurita con las yemas de los dedos, el gato la arañó con sus diminutas zarpas de ónice.

Hanne se apartó sobresaltada. El carruaje topó con otro bache. La figura del gato cayó al suelo.

—¿Acaba de...? —Nadine tenía la voz trémula.

—No. —Hanne se examinó los dedos. Tenía un pequeño corte, pero seguramente se lo habría hecho con alguna carta del juego, o quizá con la nota que había escrito esa mañana para recordarle la fecha límite a Devon Bearhaste—. Lo que pasa es que estamos nerviosas por la boda. Nos lo hemos imaginado.

Nadine tenía cara de querer replicar que no era habitual que dos personas se imaginaran lo mismo, pero mantuvo la boca cerrada mientras Hanne recogía el gato de ónice.

Con tiento, Hanne volvió a acercar el gato al cristal, para comprobar si se quedaba pegado, pero volvió a caer sobre la palma de su mano.

Sí, habían sido imaginaciones suyas. Y de Nadine.

Hanne devolvió la figura al tablero, luego apoyó los dedos sobre el colgante de obsidiana que llevaba al cuello. Nadine imitó su movimiento, quizá de un modo inconsciente, porque tenía la mirada fija en el cristal de la ventanilla, y a Hanne le pareció percibir la oración que salía volando desde el corazón de Nadine hasta la Tierra Radiante, donde residían los números. Obsidiana y oraciones sin respuesta: eso era lo único con lo que podía contar la mayoría de la gente en esos tiempos aciagos.

Hanne no era como la mayoría de la gente. Pero se guardaba a Tuluna para sí misma.

—Me alegro de que estemos tan bien protegidas.

Nadine acarició las piedras negras de sus anillos y brazaletes, que emitían un fulgor oscuro en contraste con su pálida piel y su vestido de viaje de color esmeralda. Como todos los habitantes de Embria —al menos, todos los que eran importantes—, Hanne y Nadine vestían con colores vivos para resaltar la opulencia de su obsidiana. Ese era uno de los detalles que hacían que la moda caberwiliana les resultara tan peculiar. ¿Por qué ocultar la obsidiana con esos colores tan oscuros?

La obsidiana era el recurso más valioso de los tres reinos, pues se decía que ahuyentaba a los rencores. Nadie había visto a esas criaturas en cuatrocientos años, pero seguían existiendo los malsitios, y siempre corrían rumores. La gente creía en los rencores, aunque no se encontraran bajo una amenaza constante. Por pobre que fuera una familia, siempre invertían sus últimos peniques en saquitos de obsidiana machacada que repartían entre los niños, aunque la mayoría no era más que vidrio corriente teñido

de negro. En caso de contener algo de obsidiana auténtica, no sería suficiente para repeler ni al más pusilánime de los rencores.

—Nada podrá hacernos daño. —Hanne tocó la valija que llevaba a su lado, que contenía la reliquia más valiosa de su familia.

Era una corona de obsidiana pura. Pesada. Negra. Hermosa. Esa reliquia ancestral había sido transmitida a lo largo del linaje de Hanne desde que su familia llegó al poder hacía cuatrocientos años. (Previamente había pertenecido a la familia real anterior, la familia Aska, pero los Fortuin ya ni se acordaban de ellos.). Aunque poseía una valor incalculable, su diseño era de otra época; la corona tenía una serie de puntas dentadas, sin adornos de ningún tipo, y a la banda le faltaba relleno para amortiguar el peso.

Normalmente, Hanne se ponía una corona más ligera y cómoda (aunque también tachonada de obsidiana) cuando viajaba o realizaba alguna actividad oficial, pero aquella era una circunstancia excepcional. Se había puesto la corona de obsidiana casi todos los días desde que llegó la delegación de Caberwill, como muestra de su poder y riqueza.

Hanne carraspeó y devolvió su atención al juego.

—Te toca.

—Estaba pensando en ver tu farol. —Nadine bajó la mirada hacia la pila de cartas—. Pero no sé si me apetece jugar más.

—Nadine, por favor. —Su prima le había sugerido con sutileza que empezara a pedir las cosas por favor, y Hanne se estaba esforzando por cumplirlo—. Si lo dejas ahora, creo que es porque voy ganando.

—Por poco.

—Ganaré en la próxima ronda.

—Solo si sacas un uno. —Nadine empleó un tono brusco, inusual en ella.

Hanne le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Aún sigues preocupada por el compromiso?

—¿Y si Rune no te trata bien? ¿Y si pasea a sus amantes por la corte solo para debilitar tu reputación? —Nadine se mordió el labio—. ¿Y si te hace daño?

—¿No estabas defendiendo su honor hace cinco minutos?

—Solo su nombre. Y su aspecto. Pero eso no es lo que le define. Hanne negó con la cabeza.

—Te lo he dicho mil veces: sé la clase de hombre que es Rune. Nuestros espías llevan años informando de sus movimientos. Con todo detalle, desde que se convirtió en heredero. En Solcast ha estado sometido a una vigilancia continuada. Los caberwillianos no son criaturas complejas. Nuestros nuevos aliados tienen muy pocas dotes para el engaño.

La palabra «aliados» le dejó un regusto extraño en la lengua. Los aliados eran parientes o familias nobles que compartían los mismos objetivos. Los aliados no eran miembros de los demás reinos. La única palabra posible para definirlos era «enemigos».

Pero esa alianza era temporal. En cuanto Ivasland y Caberwill fueran aplastados, Hanne podría dirigir la mirada hacia su entorno más cercano y hacer varios arreglos en él. Empezando por ascender a Nadine. Su prima había tenido la mala suerte de nacer en la parte plebeya de la familia, con pocas opciones de heredar o alcanzar algo de poder, pero Hanne confiaba más en sus consejos que en los de cualquier otro. Nadine siempre era comedida, considerada y, lo más importante, leal. Ninguna otra persona, ni una sola, le había dado lo que Nadine le ofrecía sin pedir nada a cambio.

—Eso ya lo sé. Es que... —Nadine entrelazó los dedos, luego los volvió a separar—. Te mereces algo mucho mejor que él. Te mereces ser feliz.

—Y lo seré, por medio de este matrimonio. —Hanne le acarició el brazo—. Y tú también, espero.

—¿Qué me dices de lord Bearhaste? —preguntó Nadine—. ¿Es de fiar?

—No debemos fiarnos de la gente, sino de su ambición. —Hanne empleó un tono más severo de lo que le habría gustado. Lo suavizó—. Nuestros espías han confirmado tres veces la desertión de lord Bearhaste. Quiere más de lo que puede ofrecerle Caberwill, y no es el único. Incluso ahora, durante este viaje, está reuniendo apoyos para mi reinado. Cuando estemos lis-

tos para dar el paso, la nobleza caberwiliana me recibirá con los brazos abiertos.

—Los brazos abiertos dejan expuesto el corazón. —Nadine sacó una carta de la baraja. Movi6 su caballo rosa hacia la casilla situada frente a la de Hanne y cruz6 la línea de meta.

Hanne observ6 el tablero con el ceño fruncido.

—Has hecho trampas.

Nadine revel6 la carta, con la ilustraci6n de una luz radiante y difusa y la letra «N» en las esquinas. Numen. Superaba a las cartas del rey y la reina por un punto.

—Maldita sea. ¿C6mo consigues hacer siempre eso?

Nadine esboz6 una sonrisa sincera, no como las que se reservan para la corte y las fiestas.

—Quizá me sienta m6s c6moda con el acuerdo en cuanto lord Bearhaste nos transmita los nombres.

—Lo har6 hoy mismo, si cumple su parte del trato. Y mañana por la tarde, cuando lleguemos a Brink, podr6s empezar a encandilar a todos los miembros de la lista. Les contar6s lo buena reina que ser6 alg6n d6a, lo mucho que prosperar6n bajo mi mandato. En cuanto tenga el apoyo de suficientes nobles, generales y mercaderes, podr6 liberar a Caberwill de los patanes de sus l6deres actuales.

Nadine pareci6 dubitativa.

—Primero debes conquistar Ivasland. Y concebir un heredero. Solo entonces, Caberwill no tendr6 m6s opci6n que aceptarte.

—S6, es cierto.

Conquistar Ivasland resultar6a f6cil. En cuanto a lo del heredero..., Hanne har6a lo que fuera necesario. Por Embria. Por la paz.

—Este no es mi plan favorito.

—Lo s6.

—Eres t6 la que asumir6 todos los riesgos.

Las dos dejaron un espacio para el final impl6cito de esa frase: los padres de Hanne no asumir6an ning6n riesgo. Si el plan se torc6a, podr6an culparla de todo y usar uno de sus m6ltiples planes de contingencia para poner fin a la ofensiva de Ivasland.

—Dime que sigues dispuesta —susurró Hanne—. No puedo hacer esto sin ti.

—Por supuesto que sí. —Nadine se inclinó hacia delante, su rostro era el vivo reflejo de la inquietud—. Nunca has dudado de ello, ¿verdad?

Hanne jamás admitiría en voz alta que sí albergaba dudas, que necesitaba confirmación a cada momento, porque su único miedo era que Nadine se diera cuenta algún día de que su prima no merecía tanta devoción, porque entonces se quedaría sola. De momento, apostó por sonreír y agarrarle las manos.

—Tú y yo, Nadine. Juntas llegaremos a lo más alto del mundo.

—O lo rebajaremos hasta nuestra altura.

El almuerzo era un asunto típicamente embriano, y ni siquiera un viaje a través del continente podría impedir que los hombres de Hanne disfrutaran de una buena comida.

Descargaron y distribuyeron las mesas, compuestas por unos delicados manteles de lino extendidos sobre planchas de madera de madera rojiza pulida. Alguna pobre costurera embriana había bordado los escudos de ambas familias en uno de esos manteles (una pezuña de dragón sosteniendo una corona para Caberwill, un águila descendiendo en picado para Embria), cuyos círculos exteriores se entrelazaban. Era probable que a la costurera se la llevaran los demonios con cada puntada, pero ese detalle ofrecía un mensaje claro, y a los caberwillianos les encantaba la claridad.

Cuando todos ocuparon sus asientos (aparte de los guardias, los sirvientes, los criados y todos aquellos que no tuvieran la categoría suficiente como para ganarse un sitio en una mesa), llegó la comida.

El primer plato fue una rica sopa, especiada con jengibre y con varios ingredientes más, pensados para facilitar la digestión y abrir el apetito, de manera que pudieran ingerir los platos principales sin esa incómoda sensación de saciedad. Después sirvieron faisán ahumado, relleno con especias y hortalizas; platos

de fruta y nata, y, por último, dulces bañados en miel y queso cremoso.

—Todo está delicioso. —Rune estaba sentado en la mesa de honor, al lado de Hanne, comiendo con tanta elegancia como cualquier noble embriano. Nadine tenía razón sobre los modales del príncipe: podrían ser mucho peores.

—Así es —coincidió Hanne.

—No me explico cómo se las arreglan vuestros cocineros para preparar una comida tan suculenta a bordo de unas carretas en marcha —dijo lord Bearhaste, que estaba sentado enfrente de Rune.

—Los cocineros reales son los mejores de Embria. —Lady Sabine se limpió las comisuras de los labios con la servilleta—. Tienen toda clase de incentivos para sacar el máximo provecho de la situación. —La dama embriana, ya entrada en años, cruzó una mirada cómplice con Hanne.

Dos años antes, un cocinero se había quejado de que no podía trabajar con los cuchillos de los que disponía. La reina Katarina ordenó una inspección. Resultó que los cuchillos estaban desequilibrados y quebradizos; uno de ellos se partió mientras los disciplinarios reales lo presionaban sobre el dedo meñique del cocinero. Acabó astillando el hueso en vez de cercenar limpiamente la yema, a lo que Katarina repuso: «Es cierto que no cortan bien».

Se compraron cuchillos nuevos y el cocinero no tuvo más motivos para protestar.

—Así es. —Hanne dio un bocado de un dulce suave y hojaldrado mientras la conversación avanzaba a su alrededor.

La tensión entre los dos grupos permaneció latente, pero varios nobles y damas se esforzaron por congeniar; o, al menos, por aparentar que se llevaban bien. En la mesa de al lado, Lea, Maris y Cecelia, las otras tres doncellas que Hanne había llevado consigo desde Embria, estaban enfrascadas en una conversación con la nobleza caberwiliana, disertando sobre el tiempo, sobre los libros que habían leído y sobre los vestidos con los que pensaban asistir a la semana de festejos prevista en honor a la boda. Hanne

dirigió a cada una de sus damas un pequeño ademán de aprobación y luego se giró hacia Rune.

—Estoy deseando ver mañana el Bastión del Honor. Cuesta creer que ya casi hayamos llegado.

Desde su asiento situado enfrente del príncipe heredero, lord Bearhaste se puso tenso. Había captado el mensaje. Se suponía que debía entregar los nombres de los posibles simpatizantes de Hanne antes de su llegada.

«Ten fe, elegida mía».

Aquella voz serena y dulce resonó en el fondo de la mente de Hanne.

Era la voz de Tuluna.

Cada vez que los númenes hablaban con ella, la embargaba un sentimiento de orgullo. Los númenes ya no hablaban con nadie, llevaban miles de años sin hacerlo. Pero Tuluna había elegido a Hanne para poner fin a esa guerra. Había elegido hablar con ella. Ni siquiera el sumo sacerdote más devoto podría decir lo mismo.

«Todo va según el plan. Pronto, Salvación entera se postrará ante ti, temblará ante ti».

Hanne sintió un ligero escalofrío de emoción.

—El castillo es digno de verse. —Rune apoyó el tenedor junto al plato y la miró con un gesto reflexivo en su agraciado rostro. Estaba muy tenso y Hanne esperó que no le pasara factura, porque todavía lo necesitaba para engendrar un heredero—. Aunque no posee una belleza convencional, en el sentido al que estaréis acostumbrada —prosiguió—. Solspiria resulta notable en ese aspecto.

Hanne y lady Sabine cruzaron otra mirada cómplice.

«Chabacano» y de «mal gusto», quería decir Rune. Esas fueron las palabras que había empleado en una nota dirigida a sus padres, enviada desde su habitación en Solspiria. Los hombres de Hanne interceptaron a la paloma mensajera, copiaron la nota y la volvieron a sellar con tanta destreza que los reyes jamás notarían la diferencia.

—Aunque espero que encontréis cierto encanto en el Bastión del Honor —continuó Rune—. Nos gusta pensar que es impresionante, sobre todo contemplado desde lejos.

Era lógico que resultara más impresionante de lejos, porque de cerca sería imposible disimular sus defectos.

—Seguro que será maravilloso. —Hanne había soportado muchas adversidades en su vida. El Bastión del Honor no sería nada en comparación con las duras pruebas de su infancia.

Finalmente, retiraron los platos y los comensales comenzaron a distribuirse en grupos formados por sus compatriotas. Hanne alzó la cabeza a tiempo de ver cómo Devon Bearhaste se escabullía hacia el bosque.

Bien. Estaba decidido a cumplir su palabra.

Hanne se levantó y le hizo señas a Nadine.

—Acompáñame a dar un paseo, prima —dijo cuando Nadine se apresuró a acercarse.

—Será un honor pasear con vos, alteza. —Aunque Hanne detestara admitirlo, Rune tenía una forma afectuosa de dirigirse a ella, empleando un tono que amenazaba con desarmarla con su franqueza.

Pero ella no bajaría la guardia. Un solo error, un atisbo de que tenía algo planeado, y Nadine y ella podrían darse por muertas.

(Probablemente, también todos los demás, pero ellos no tenían tanta importancia para Hanne).

—Sois muy amable, pero no tardaremos mucho. Solo necesitamos estirar las piernas. —Hanne lo miró fijamente aprovechando su turno para desarmarlo: ojos azules, nariz inclinada hacia arriba y una sonrisa dulce esbozada con sus labios sonrosados.

Rune la miró detenidamente. Ese detalle era lo único que habían apreciado el uno del otro desde el primer momento: la naturaleza agraciada de sus respectivos rostros.

—¿Queréis que le pida al capitán Oliver que os acompañe? —preguntó Rune refiriéndose al guardia personal de Hanne en Embria.

—No será necesario. Estoy segura de que el bosque que rodea la senda de Brink es un lugar seguro. Además, no nos alejaremos mucho. —Hanne sonrió de nuevo, y si Rune tenía alguna reticencia, no lo demostró.

—Como queráis —dijo—. Esperaré vuestro regreso.

Y eso fue todo. Hanne y Nadine se adentraron en el bosque de Sendahonda, que bordeaba la carretera.

Caminaron en silencio durante un rato escuchando el canto de los pájaros, sintiendo cómo el calor de las postrimerías del verano se desplegaba entre las grandes hojas, observando a los conejos y demás animalillos que salían huyendo al verlas llegar. Allí no había un camino propiamente dicho, solo un sendero estrecho, pero a Hanne le gustaba abrirse paso a través de la espesura: fijándose en dónde pisaba, evitando desgarrarse el vestido, mientras mantenía la noción del espacio por el que se desplazaban. Hacía un día precioso, ahora que no estaban atrapadas en el carruaje.

Un cardenal sobrevoló el sendero por delante de ellas.

Un segundo cardenal, idéntico al anterior, cruzó volando el sendero de la misma manera.

Un escalofrío le recorrió el espinazo.

—¿Acaba de...?

El cardenal apareció de nuevo.

Y una vez más.

En lo alto, las nubes comenzaron a oscurecer el cielo y un olor agrio inundó el bosque.

—Sí, lo ha hecho. —A Nadine le tembló la voz.

El canto de las aves cesó al sonar un restallido procedente de un punto más adelantado del sendero. Asustada, Nadine puso los ojos como platos.

—Hanne, deberíamos irnos.

El corte que tenía Hanne en el dedo, por culpa del gato de ónice, comenzó a palpar.

—No hasta que tengamos esos nombres. Bearhaste nos está esperando aquí fuera. Lo estamos arriesgando todo...

Se oyó un grito. Los pájaros alzaron el vuelo, y antes de que pudiera pensárselo dos veces, Hanne echó a correr hacia el origen de aquel ruido.

—¡Hanne, espera!

Pero Hanne corría y se agachaba entre los árboles, y solo se detuvo cuando llegó a un pequeño claro. Regueros de sudor le corrían por la nuca mientras examinaba el entorno.

Allí. Un trecho de hierba aplastada.

No le tembló la mano mientras se agachaba para desenfundar el puñal que llevaba en la bota. Por detrás de ella, oyó cómo se acercaba Nadine, y supo que debería sentirse culpable por haber dejado atrás a su prima, pero la información de lord Bearhaste era crucial.

Avanzó con tiento hacia la hierba aplastada, hacia la fuente de aquel olor pútrido, pero en cuanto oyó el zumbido sordo del enjambre de moscas congregadas por encima de un cuerpo, supo que había llegado demasiado tarde.

Era lord Bearhaste. Estaba muerto. No, no solo muerto: lo habían mutilado, su cuerpo estaba desgarrado y cortado en trozos, como un juguete al que le hubieran sacado el relleno. A su alrededor, la hierba estaba manchada de sangre y una capa de moho cubría su piel apergaminada..., o lo que quedaba de ella.

La imagen tendría que haberle revuelto el estómago, y sí, ya solo el hedor puso a prueba su resistencia ante las arcadas, pero aun así se arrodilló, tratando de no tocar el moho mientras utilizaba el puñal para deslizar la casaca del muerto hacia ella. Puede que hubiera dejado los nombres por escrito.

—Hanne, ¿qué estás haciendo? —La voz de Nadine resonó desde la linde del claro—. ¿Qué es eso?

—Atrás —la alertó Hanne, mientras seguía afanada con la casaca desgarrada. Al fin topó con un bolsillo—. No te acerques más.

Nadine, la dulce Nadine, no tenía por qué ver esa masacre. Pero ¿qué la habría producido? Bearhaste había chillado apenas un rato antes. ¿De dónde había salido todo aquello? ¿El moho, la descomposición, las moscas?

¿Y si les ocurría lo mismo a ellas?

Había un papel arrugado en el bolsillo del muerto. A Hanne se le blanquearon los nudillos de agarrar la empuñadura del cuchillo mientras lo clavaba en la prenda y la arrastraba hacia ella, acercando también la caja torácica seccionada. Puede que el tráfuga estuviera muerto, pero si los frutos de su investigación seguían ahí, podría sacarles provecho.

—¿Hanne? —Nadine estaba muerta de miedo.

—Enseguida voy.

Hanne sacudió la cabeza, tratando de ahuyentar las moscas que se habían posado en su rostro. Si el grito de Bearhaste había llegado hasta la carretera, y parecía factible, docenas de soldados se adentrarían en el bosque, tanto de su bando como del de Rune. Hanne no podía permitir que la encontrasen junto al cuerpo. Solo tenía unos instantes.

Introdujo la punta del puñal en el pliegue desgastado del bolsillo, pinchó el papel y, girando la muñeca, consiguió sacarlo al fin.

—Veamos. —Examinó el papel el tiempo suficiente para confirmar que contuviera unos nombres, luego se levantó y se alejó rápidamente del cadáver, de la sangre y del zumbido de las moscas. Notó un cosquilleo en la piel al recordar el roce de sus patitas diminutas en el rostro—. Ya voy, Nadine. Quédate ahí.

Pero su prima pegó un grito, y Hanne se giró a tiempo de ver una silueta gris que corría entre los árboles, directa hacia Nadine.

Era una figura humanoide, encorvada y macilenta, con el torso robusto, unas extremidades inusualmente largas y unas púas horribles que emergían de su espalda y sus hombros. Se movía de un modo insólito, fluido y renqueante al mismo tiempo, como si el mundo apareciera y desapareciera a su alrededor. La criatura profirió un aullido inhumano. De depredador.

Hanne trastabilló, convencida de que sus ojos la engañaban. Pero la criatura se estaba acercando a su prima, así que tomó una piedra del suelo.

—¡Corre, Nadine! ¡Pide ayuda!

Entonces, con todas sus fuerzas, le arrojó la piedra a la bestia.

El rencor, pues solo podía tratarse de eso, Hanne estaba segura, se dio la vuelta abriendo sus fauces de par en par para revelar dos hileras de dientes afilados. Se abalanzó sobre ella.

Hanne corrió.

No le importaba hacia dónde, siempre que consiguiera alejar al monstruo de Nadine. A lo lejos, su prima pidió ayuda a gritos.

Varias ramas le azotaron el rostro y la cara, mientras el rencor se aproximaba. No parecía que sus anillos y brazaletes de obsidiana estuvieran haciendo algo para repeler a la criatura. Estaba muy cerca.

Jadeando, con el rostro ensangrentado, Hanne siguió adentrándose en el bosque. Se concentró en avanzar, de modo que solo veía los árboles, los arbustos y el sendero que tenía justo delante, aunque creyó atisbar la silueta del rencor a su derecha... No, a su izquierda.

Estaba por todas partes. Si la apresaba, la mataría. Le haría lo mismo que le había hecho a Devon Bearhaste.

Hanne corrió aún más deprisa.

Hanne no era consciente de ello, porque el miedo la tenía a su merced, pero aun cuando giraba a derecha o izquierda, siguiendo lo que le parecía una senda azarosa a través del bosque, en realidad estaba avanzando en una dirección muy concreta. El rencor la estaba guiando.

Fue el miedo, esa concentración plena en la supervivencia, lo que le hizo pasar por alto los lazos atados alrededor de los árboles —amarillos, a modo de advertencia—, con unas campanitas prendidas de las puntas. Colgaban de todos los troncos, formando un círculo de alerta llamativo y ruidoso alrededor de una zona específica del bosque. Pero Hanne no vio esos lazos, porque se le había nublado la vista.

Tampoco oyó las campanitas, porque estaba jadeando y la sangre se le golpaba en los oídos.

Y entonces, apenas diez zancadas después de haber cruzado la línea de los lazos, atravesó otra barrera.

Esa sí la notó. Percibió una presión, una ligera resistencia, pero no tenía tiempo para detenerse.

Se activó una alarma en su mente y notó una punzada de pánico en el pecho. Pero ya lo había atravesado, y comprendió que era demasiado tarde.

Estaba en un malsitio.

El rencor la había conducido hasta allí.

De inmediato, Hanne giró e intentó regresar corriendo por donde había venido, pero la presión desde ese lado era demasiado fuerte. No pudo atravesarla. La segunda frontera—invisible, silenciosa—era más sólida que una roca.

Estaba atrapada en un foco de Malicia, cerca de un rencor, sin nada para defenderse salvo un puñal y unos cuantos abalorios.

Con una lucidez sombría, comprendió lo siguiente:

Ella, Johanne Fortuin, princesa heredera de Embria, estaba a punto de morir.

Al llegar allí aquella noche, Hennessy había pensado que no quería que Jordan se aletargara para siempre si ella fracasaba.

Pero ahora se debía cuenta de otra cosa: tampoco ella quería morir.

Estiró una mano y palpó las tablas hasta encontrar las pulseiras de Ronan y, debajo, su mano. La agarró y él apretó fuerte.

2. RUNE

Al oír el primer grito, todos corrieron a por sus armas. Cuando resonó el segundo, Rune y sus guardias personales ya se estaban adentrando en el bosque de Sendahonda.

Y con el tercero —agudo, femenino, cada vez más cercano—, una joven dama emergió corriendo de entre la espesura, con la melena suelta y cubierta de hojas y ramitas, y con el rostro surcado de lágrimas. Se había desgarrado las mangas del vestido y también la falda, que se deslizaba tras ella como una nube de humo esmeralda.

Rune la sujetó cuando tropezó con una raíz que asomaba del suelo. La dama se estremeció entre sus brazos, después se apartó de él y volvió a tropezar con la misma raíz. Aterrizó en el suelo envuelta en una maraña de seda desgarrada.

—¿Lady Nadine? —Rune envainó su espada y se arrodilló enfrente de la muchacha, luego le alzó el rostro. Sí, era ella, la prima de la princesa Johanne y su mejor amiga. Las dos eran uña y carne—. ¿Qué ha ocurrido?

Su respiración emergía en forma de jadeos trémulos, tenía los ojos vidriosos y la mirada perdida. Si llegó a ver a Rune, si lo reconoció, no dio muestra de ello.

—Está conmocionada. —El príncipe miró a los guardias—. ¿Dónde está el capitán Oliver?

—Aquí estoy, alteza. —El soldado embriano dio un paso al frente.

—Por favor, acompañe a lady Nadine de vuelta a la caravana. Los demás iremos a buscar a la princesa Johanne.

El capitán Oliver no estaba a las órdenes de Rune, pero la situación requería iniciativa, que alguien tomara el mando.

—Mi señora —dijo el capitán, que se agachó junto a lady Nadine.

—Lord Bearhaste también estaba aquí fuera —dijo Daniel, uno de los guardias de Rune—. Puede que haya visto a la princesa Johanne.

—Está bien. En marcha. Es probable que lo que haya asustado a lady Nadine siga ahí fuera.

Rune hizo amago de levantarse, pero lady Nadine alargó rápidamente una mano y lo agarró de la muñeca. Tenía los ojos desorbitados por el terror, pero aun así conservaban una intensa lucidez.

—Era un monstruo. Un monstruo fue tras ella.

Con el cabello empapado de sudor y colgando en forma de mechones apelmazados, con unos broches enjoyados que se agitaban con cada aliento trémulo que tomaba, lady Nadine parecía una demente.

—¿Un monstruo? —Uno de los soldados soltó una risotada—. Está nerviosa, alteza. Seguramente vio un ciervo y salió corriendo despavorida.

—Estos embrianos... —El teniente Swifthand se rio—. Apuesto a que era una ardilla.

—Qué espanto —dijo el primero fingiendo echarse a temblar.

El capitán Oliver se incorporó y echó mano de su espada.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo os atrevéis?

—Basta. —De repente, Rune advirtió el silencio que se había asentado a su alrededor, la peste a amoníaco y a carne putrefacta, las nubes que cubrían el cielo como si el mundo estuviera intentando asfixiar el bosque. Notó un cosquilleo de inquietud en el estómago—. Debemos tomarla en serio. Capitán Oliver, llévela de vuelta a la caravana. Los demás, cesen en sus burlas.

—Yo iré con vos. —Lady Nadine le apretó la muñeca con más fuerza, se le blanquearon los nudillos mientras le hincaba las uñas en la piel—. Traed a todos los hombres disponibles, puedo mostraros dónde...

Lady Nadine se giró de repente y vomitó sobre un lateral del árbol. Cuando terminó, Rune le dio su cantimplora para que pudiera enjuagarse la boca. Nadine bebió, hizo gárgaras, escupió y se la devolvió, pero Rune negó con la cabeza.

—Por favor, quedáosla.

Lady Nadine se puso en pie y se recolocó un mechón de pelo, como si se estuviera abrochando una armadura.

—Debemos partir de inmediato. Puedo mostraros dónde vimos a la criatura y señalaros la dirección hacia la que Hanne echó a correr.

Rune se mordió el interior del carrillo. Llevar consigo a esa muchacha traumatizada era una idea pésima, pero quizá resultase útil, ahora que había recobrado el habla. Y suponiendo que encontrasen a la princesa Johanne de una pieza, se pondría furiosa si supiera que le había dado órdenes a su doncella favorita como si tuviera algún poder sobre ella. Rune ya conocía ese aspecto del temperamento de su prometida. Finalmente, sacó su espada y asintió.

—Mostradnos el camino. Pero si algo ocurre, esconded o volved corriendo hacia los carruajes. No quiero que la princesa crea que os he expuesto a un peligro innecesario. Capitán Oliver, ¿se lo recordará?

—Por supuesto.

—Estaré bien —dijo lady Nadine—. Es Hanne la que debe preocuparnos. Ahora, por favor, dense prisa.

Con una fortaleza sorprendente para alguien que acababa de devolver hasta la última pizca de su copioso almuerzo, lady Nadine se giró y comenzó a desandar el camino que había hecho. Rune salió tras ella seguido de cerca por los guardias.

«Maldita sea», pensó mientras seguía un estrecho sendero a través del bosque. Había tenido la precaución de elegir la ruta más segura, de enviar exploradores para asegurar la carretera y de traer más soldados de los que la lógica consideraría necesarios. Y ahora todo estaba en riesgo —la alianza al completo—, porque no había insistido en enviar a un regimiento completo de guardias junto con la princesa para aquel simple paseo.

—Seguro que no es nada —refunfuñó entre dientes el teniente Swifthand.

—Hemos oído gritos.

—Pero ya conoces a los embrianos —murmuró Swifthand—. Seguro que es una trampa. La princesa está perpetrando un complot y el príncipe ha mordido el anzuelo.

Rune apretó la mandíbula. Tras la muerte de Opi, los guardias reales lo miraban de un modo distinto. Y desde que se anunció el compromiso, esa clase de cuchicheos no habían hecho más que empeorar. Muchos de esos soldados habían alcanzado su posición al luchar en la guerra contra Embria, así que veían ese matrimonio como una traición. No entendían la gravedad de la amenaza a los Acuerdos de Ventisca. Lo único que veían era a Rune diciendo que sí a la hermosa princesa de un reino enemigo; un reino que odiaban desde que tenían uso de razón.

Unos pocos pidieron ser reasignados, pero incluso aquellos que se quedaron tenían opiniones muy vehementes; opiniones que solían guardarse para sí mismos.

Rune oteó el bosque en busca de indicios de la princesa —el atisbo de una cabellera rubia, un jirón de color zafiro de su vestido—, pero solo encontró el mismo silencio inquietante, como si un depredador enorme hubiera pasado por allí.

Apretó el paso manteniendo un gesto pétreo. Más tarde, decidió, tendría unas palabras con sus guardias y les recordaría que podían ejercer su labor con el nivel de profesionalidad que exigía su puesto..., o podían ser destituidos sin honor.

De momento apretó los dientes siguiendo el paso de lady Nadine mientras la joven guiaba al grupo hasta un pequeño claro, donde los asaltó un hedor nauseabundo que los obligó a retroceder unos pasos. Varios guardias tosieron, maldijeron y giraron el cuerpo para intentar recobrar el aliento.

Rune se cubrió la parte inferior del rostro con el brazo, pero no hubo manera de bloquear esa abrumadora peste a podredumbre. Parpadeó para que no le llorasen los ojos mientras contemplaba la escena: un círculo parduzco —no era un círculo perfec-

to, pero crecía y se ampliaba ante sus ojos— rodeaba algo oscuro y descompuesto que había en el centro. Un ruidoso enjambre de moscas revoloteaba sobre aquella figura oscura.

—¿Qué es eso? —masculló uno de los guardias.

—Es un cuerpo —dijo otro—. Le veo la ropa.

«Pero ¿el cuerpo de quién?». Rune no quiso preguntarlo. Aún no. La alianza dependía de su matrimonio con la princesa Johanne, y si se tratara de ella... No habría esperanza posible para Salvación.

—Ha cambiado —susurró lady Nadine. El claro estaba sumido en un silencio absoluto, salvo por el zumbido de las moscas—. Fue aquí donde vimos al monstruo. Hanne estaba allí... —Señaló hacia el cuerpo que estaba en el centro—, y yo estaba aquí. El monstruo vino a por mí, pero Hanne le tiró una piedra y lo alejó. Me salvó. Me salvó la vida.

En ese caso, el cuerpo que había en el centro del claro no era el de la princesa Johanne. «Gracias a Nanror», pensó Rune. Pero Nanror era el numen de la misericordia, y estaba claro que allí no había misericordia alguna. Al menos, no para el cadáver del claro, ni para la princesa Johanne, que seguía desaparecida. Con un monstruo. Se acercó a lady Nadine cuando le sobrevino un temblor, pero no se cayó al suelo.

—¿Por dónde?

La doncella señaló hacia el oeste.

—Creo. No estoy segura. Todo sucedió muy deprisa.

—¿Qué clase de criatura era? —preguntó John Taylor. Era el guardia principal de Rune, prueba viviente de que algunos habitantes de Caberwill tenían apellidos mundanos—. ¿Un lobo? ¿Un oso?

—No. —Lady Nadine se abrazó a sí misma—. No, era un monstruo. Nunca había visto nada igual.

Rune tenía una sospecha, pero no quiso decirlo en voz alta. No sin tener pruebas.

—Está bien, dispersaos. Buscad cualquier cosa inusual. Es decir, aún más inusual. En cuanto a ti —Rune le hizo un gesto a

Swifthand—, examina este estropicio. A ver si puedes identificar el cadáver.

El soldado torció el gesto, pero se adentró en la zona par-duzca. La hierba crujió bajo sus botas como esquirlas de cristal. Rune se giró hacia lady Nadine y le dijo:

—¿Seguro que no preferís regresar a vuestro carruaje?

Lady Nadine negó con la cabeza con tanto ímpetu que varias horquillas se le deslizaron por el pelo.

—No volveré a abandonar a Hanne.

—No la abandonasteis. Corristeis a buscar ayuda. Hicisteis exactamente lo que os ordenó. —Rune rodeó el borde de la hierba reseca avanzando en la dirección que le había indicado lady Nadine—. Pero antes hablaba en serio: si ocurre algo, debéis esconderos o correr hacia la caravana. El capitán Oliver se asegurará de que lleguéis sana y salva.

—No titubearé —confirmó el capitán.

Lady Nadine apretó los dientes y asintió, mostrando más valentía que la mitad de los hombres de Rune. Aun así, se burlaban de ella, pese a que era la única que sabía a qué se enfrentaban. Era la única que se había encarado con el monstruo.

El príncipe reprimió ese incómodo sentimiento de respeto hacia una embriana. No tenía nada de malo, supuso, no odiar a una de sus nuevas aliadas, pero ya se encontraba en una posición delicada frente a sus propios hombres. No sería inteligente agravarla.

Frente a ellos había un papel doblado y apoyado sobre la base de un arce, cuya esquina rozaba contra la corteza. Rune avanzó hacia él, pero lady Nadine se adelantó corriendo y lo cogió.

—Esto es mío. —Se apresuró a guardarlo en su bolso—. Se me debió de caer mientras corría.

Rune estuvo a punto de preguntarle qué era, pero un jirón de color zafiro prendido de una hoja llamó su atención. Después aparecieron más indicios del paso de la princesa Johanne: hierba pisoteada, ramitas rotas, incluso un mechón de cabello dorado que centelleaba bajo un haz de luz solar. Las nubes, que tan de-

prisa se habían congregado, ahora se estaban dispersando. El príncipe les hizo señas a sus hombres.

—John, vaya delante. —John era el mejor rastreador del regimiento—. Swifthand, ¿has podido identificar el cuerpo?

El teniente tenía la tez verdosa por las ganas de vomitar, pero asintió.

—Creo que se trata de Devon Bearhaste, alteza.

Lady Nadine profirió un pequeño grito de espanto.

Qué extraño era pensar que ese hombre estuviera muerto. Habían compartido mesa durante el almuerzo. Habían mantenido una conversación amistosa, intercambiado cumplidos.

—¿Estás seguro?

—Bastante —repuso el teniente—. No describiré su estado por deferencia a la señorita...

—Gracias. —Rune tampoco estaba seguro de querer oírlo.

—Pero tenía el escudo de los Bearhaste en la casaca. No me explico cómo... —Swifthand tragó saliva con fuerza—, cómo ha acabado tan deprisa en este estado, pero...

Varios soldados se revolieron en el sitio incómodos.

—Está bien. —Rune le hizo un gesto a John—. Busquemos a la princesa. Esté atento, por si aparece la criatura.

Sin embargo, ahora que volvía a lucir el sol y que las aves habían retomado su canto, parecía que el peligro inmediato había pasado. Al menos, para ellos.

No tardaron mucho en comenzar a descubrir lo que le había sucedido a la princesa Johanne.

—Debía de estar cegada por el pánico —murmuró John mientras seguía su rastro—. Zigzagueó un poco, seguramente desplazándose hacia la ruta más despejada, pero cada vez que comenzaba a acercarse a la carretera, viraba de nuevo hacia el norte sin motivo aparente.

Rune tuvo un mal presentimiento mientras el grupo avanzaba detrás de John. Había oído historias siniestras —aquellas que sus padres y los demás nobles de Caberwill desestimaban como rumores paranoicos y malintencionados—, pero la posibilidad de verse

inmerso en una de ellas... era algo muy distinto. Resultaba más aterrador que emocionante.

—¡Alto! —exclamó John desde el frente—. Quedaos todos donde estáis.

La comitiva se detuvo.

John se giró hacia Rune y le hizo un gesto con la cabeza.

—Alteza.

El príncipe se aproximó con cautela. John y él ya no tenían una relación estrecha —no desde el incidente con el hermano de Rune—, pero siempre se había fiado del instinto de aquel soldado.

De inmediato, Rune vio qué era lo que preocupaba a John.

Lazos.

Lazos amarillos que aleteaban con la brisa y unas campanitas diminutas que tintineaban cada vez que soplaba una ráfaga de viento. El tejido amarillo estaba raído y descolorido en algunos puntos, pero seguía resultando visible a ojos de cualquiera. Y si alguien no los veía, para eso estaban esas campanas, forjadas a partir de un metal muy ligero, diseñado en exclusiva para ese propósito. Las campanas prendidas de esos lazos amarillos eran las únicas en todo el mundo que utilizaban esa aleación en concreto y que producían ese tono determinado, porque debían ser reconocibles para cualquier ciudadano de cualquier reino.

—¿Qué...? —Lady Nadine se abrió paso entre los guardias—. Oh.

Al otro lado de los árboles cubiertos de lazos solo se distinguía un leve fulgor en el ambiente, indicativo de que algo no iba bien. Podría deberse a unas ondas de calor. Podría deberse a que tenía la vista empañada por las lágrimas. Podría deberse a cualquier suceso natural..., de no ser por la presencia de esos lazos amarillos.

Entonces pensó: «¡Hanne!».

Lady Nadine corrió hacia el malsitio, envuelta en una mareda de seda esmeralda, pero un guardia, Daniel, la sujetó en cuanto alcanzó la línea de lazos. La doncella forcejeó, llamando a gritos a la princesa Johanne. Le arañó el cuello al guardia, pero el

otro hizo caso omiso mientras la alejaba de los lazos amarillos. Varios soldados más se acercaron para bloquearle el camino en caso de que escapara y lo intentara de nuevo. Aun así, lady Nadine siguió forcejeando y revolviéndose, y un chillido angustiado emergió de su garganta.

—Lady Nadine.

Rune apretó los dientes mientras se acercaba, embargado por una oleada de empatía. Conocía ese pánico, ese pavor atroz; conocía todos los pensamientos horribles que estarían desfilando por la mente de la doncella. Si la princesa Johanne estaba tan asustada como para no reparar en esos avisos...

—Por favor, mi señora, lanzaros de cabeza en un malsitio no servirá de nada. Si no podéis controlaros, el capitán Oliver os llevará a vuestro carruaje.

Lentamente, lady Nadine recobró la compostura, pero su cuerpo entero comenzó a temblar por lo que había estado a punto de hacer y, posiblemente, también por la certeza de lo que le había ocurrido a su prima.

—Ay, Ulsisi —gimió mientras le fallaban las piernas. Pero si el numen del dolor y la tristeza oyó su súplica, no movió un dedo para ayudarla.

Pero Daniel sí intervino. La sostuvo en pie, con suavidad, a pesar de que eran enemigos.

—Yo me quedaré con ella —dijo—. El capitán Oliver y yo nos aseguraremos de que no vuelva a... —añadió mientras miraba de reojo hacia el malsitio.

—Está bien —dijo Rune, que alzó la voz para añadir—: Los demás, registrad el perímetro. Dividíos por parejas, por si la criatura siguiera cerca. Buscad pisadas, plantas rotas, cualquier detalle que pueda indicar que la princesa rodeó esta zona. Pero no crucéis la línea amarilla.

La ley era la misma en los tres reinos: las señales de advertencia debían desplegarse en un radio de diez pasos alrededor de la zona en cuestión, pero no siempre eran diez pasos exactos. Era difícil, y peligroso, tomar las medidas necesarias para colocar

esas advertencias. Sin olvidar que las zancadas de Rune eran más largas que, pongamos, las de Nadine, así que diez pasos no significaban lo mismo para cada uno de ellos. Además, la mayoría de esas fronteras se trazaron hacía cuatrocientos años, tras la última incursión, y nadie se ofreció jamás voluntario para volver a medir la distancia desde las líneas amarillas hasta los malsitios.

Esos lugares eran las cicatrices de ese evento, de esa última incursión: cada vez que el Malfreno flaqueaba, glóbulos de oscuridad se dispersaban por el mundo. La Malicia se amalgamaba como el mercurio, se aglutinaba, se condensaba y acababa formando esos malsitios. Todos ellos tendrían que haber sido eliminados —siempre fue así, después de otras incursiones—, pero el Amanecer Rojo... había tenido consecuencias nefastas.

Rune se sumó a la búsqueda alrededor de la línea amarilla, pero sin mucha esperanza. El único rastro que vieron se adentraba de lleno en el malsitio.

A pesar de todo, peinaron la zona llamando a la princesa mientras el sol se deslizaba por el oeste y empezaba a caer la tarde. Ninguno atravesó la línea amarilla, pero cuando Rune completó su última vuelta al circuito, encontró a lady Nadine sentada sobre una raíz, con el rostro hundido entre sus manos mientras sollozaba. Daniel y el capitán Oliver la miraban sin saber qué hacer. Rune se arrodilló delante de la joven dama y les hizo señas a los guardias para que se sumaran a la búsqueda.

—Lo siento —dijo Rune, y era cierto. Era obvio que lady Nadine adoraba a la princesa Johanne. La admiraba del mismo modo que él admiraba a su hermano: con afecto, respeto y el deseo de seguirlo a todas partes.

Aunque no eran hermanas de sangre, Rune imaginaba que se habían criado más o menos como Opi y él: compartiendo estudios, entrenamientos y problemas; intercambiando chismorreos y consejos para sobrevivir en la corte; discutiendo por cosas sin importancia.

Lady Nadine miró con los ojos enrojecidos más allá de la línea amarilla.

—¿Qué clase de malsitio creéis que será?

—Es difícil saberlo —respondió Rune.

Los malsitios se dividían en dos categorías principales: bi-permeables y unipermeables, que era una forma técnica de decir que una persona podría entrar y salir de uno de ellos, pero del otro... Una vez que entraba un cuerpo, ya no podía volver a salir. Aquel malsitio era del segundo tipo. Si la princesa Johanne había entrado, jamás volvería a salir. Era una trampa letal.

Pero eso no era lo que había preguntado lady Nadine. Ella quería conocer la subcategoría: qué clase de horror acechaba dentro de esa burbuja de Malicia.

Algunos eran evidentes, como en aquellos donde la gravedad dejaba de ser importante, o donde el aire respirable había sido absorbido y destruido durante la formación del malsitio. Cualquiera podría asomarse a ellos y ver cuál era la amenaza. Pero en otros... nadie lo sabía. Cuando la gente entraba, jamás se los volvía a ver. No había historias, ni teorías, ni motivos para la esperanza.

Solo quedaba la nada.

—No sabría decirlo —murmuró Rune—. Lo siento.

Lady Nadine hundió la cabeza entre sus brazos para amortiguar un grito de angustia que le partió el corazón al príncipe.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —sollozó lady Nadine—. ¿Qué vamos a hacer?

Rune se incorporó y le ofreció una mano.

—Por favor, mi señora, permitidme que os lleve de regreso al carruaje.

Sorbiéndose la nariz, lady Nadine aceptó su mano y dejó que la ayudara a levantarse. Rune le concedió unos instantes para recomponerse. Después, avisó a los demás para que interrumpieran la búsqueda.

—Lo siento —repitió mirando de reojo hacia el malsitio. Qué atroz que pareciera tan mundano, como el resto del bosque que lo rodeaba. Una ilusión, una mentira—. Me temo que la princesa Johanne está fuera de nuestro alcance. Lo mejor que

podemos hacer es regresar con el resto del grupo para pasar la noche. Podemos enviar otro equipo de búsqueda por la mañana, pero...

No terminó la frase. No debería haberla empezado. Los príncipes —en especial, los príncipes herederos— debían saber qué decir para subir la moral, pero ¿cómo podía sugerir siquiera que pudiera salir algo bueno de todo aquello?

En cuanto cruzaron la frontera entre Embria y Caberwill, la responsabilidad por el bienestar de la delegación pasó del comandante embriano a él: Rune Highcrown, chapucero real.

Años atrás, le fue confiada la seguridad de su hermano: Opus Highcrown IV. Rune había entrenado desde pequeño para esa labor, para ser el guardaespaldas de su hermano, su mano derecha, pero cuando llegó la hora de la verdad, no fue lo bastante rápido. Su fracaso privó al reino de su príncipe más querido, un hombre que habría sido un rey inolvidable.

Y ahora, tampoco había estado a la altura para proteger a la princesa Johanne.

La diferencia era que, esta vez, el precio de su fracaso sería mucho más alto. La alianza. El sueño de la paz. Y, por supuesto, la oportunidad de abordar el verdadero peligro de la humanidad: las incursiones.

La carga le resultaba demasiado pesada desde hacía ya tiempo. Desde el momento en que sus padres le informaron de esa posible alianza y del papel que desempeñaría en ella, Rune temía encontrar un modo de pifiarla. Pero sobrellevó las negociaciones sin incidentes; incluso logró garantizar algunas condiciones que les interesaban, pero a las que hubieran estado dispuestos a renunciar si fuera necesario. Cuando llegó el momento de partir, Rune empezaba a creer que todo aquello se resolvería tal y como él esperaba.

Pero ahora su prometida estaba atrapada en un malsitio y podían darla por muerta.

Peor aún, Rune temía conocer la identidad de la criatura que había visto lady Nadine. La joven dama no le había puesto

nombre; seguía demasiado nerviosa y aterrorizada. Pero ¿qué otra criatura guiaría a una muchacha hasta un malsitio? ¿Qué otra criatura podría despedazar de tal modo a un hombre como para que un guerrero experimentado se negase a hablar de ello? ¿Qué otra criatura podría ser descrita como «un monstruo»?

Un rencor.

Tenía que ser eso.

Pero Rune se calló la palabra, por el bien de lady Nadine.

Mientras todos se preparaban para partir, lady Nadine se puso a rebuscar en su bolso y sacó un pañuelo limpio. Con cuidado, lo depositó en el suelo, después se desabrochó el colgante, se quitó sus anillos negros y comenzó a forcejear con el cierre de sus brazaletes. Aquello suponía una fortuna en obsidiana.

—¿Mi señora? —preguntó el capitán Oliver.

Lady Nadine no se molestó en responder. En vez de eso, tras titubear apenas un instante, lo metió todo dentro del pañuelo y lo cerró utilizando su propio broche.

—¿Quién tiene el brazo más fuerte? —Lo dijo en voz baja, pero paseó la mirada por el grupo con una ferocidad capaz de rivalizar con la de la princesa Johanne.

Swifthand dio un paso al frente y los demás asintieron con la cabeza. Con gran solemnidad, el soldado tomó el fardo.

—¿Estáis segura, mi señora? —Ya no había ni rastro de burla en su voz.

Lady Nadine asintió con firmeza y después le entregó al teniente la cantimplora de Rune; el agua chapoteó en su interior, pero quedaba muy poca.

—Haría cualquier cosa por Hanne.

Todos observaron al teniente Swifthand mientras arrojaba el paquete cargado de obsidiana hacia el otro lado de la línea amarilla. Después hizo lo mismo con la cantimplora. Los objetos surcaron el cielo bajo la luz del atardecer, que les arrancó un leve destello, y luego desaparecieron.

Esperaron un rato, para ver si ocurría algo, pero entonces se hizo de noche y tuvieron que marcharse. Tenían que recoger el

cuerpo de lord Bearhaste —lo que quedaba de él— y llegar a Brink lo antes posible. Tal vez pudieran encontrar un modo de rescatar, si no a la princesa, a la alianza.

—¿Crees que servirá de algo? —preguntó uno de los soldados, lo bastante alto como para que no escapara al oído de Rune.

—No lo sé —respondió el otro—. Seguramente sea demasiado tarde.

Rune los mandó callar, pero en el fondo estaba de acuerdo con ellos. Un rencor había escapado de la Malicia; ya era demasiado tarde para todos.

A pesar de todo, por la mañana, Rune envió a John y a varios guardias más de vuelta al malsitio, cargados con fardos llenos de comida, agua y otras provisiones.

Por si acaso.

CAERÁN REINOS, MORIRÁN DIOSES Y SE PARTIRÁN CORAZONES

En Salvación, la realidad se distorsiona. Desaparecen pueblos. Hay bosques que arden sin descanso. Hay zonas donde el tiempo se deforma, cuyos límites están señalados por unos lazos amarillos. Una amenaza diabólica se abre paso lentamente a través de las costuras más endebles del mundo.

Sin embargo, los humanos no muestran mucho interés. Su mayor preocupación es el inminente matrimonio de Rune Highcrown y Johanne Fortuin, herederos de reinos enfrentados desde hace generaciones. Mientras que la astuta Johanne traza sus propios planes para la alianza, Rune ha advertido el avance de la oscuridad y está decidido a invocar a la única defensora posible: Noctámbula, una guerrera inmortal que tiene más de diosa que de persona. Solo hay un problema. La última vez que la invocaron, Noctámbula masacró a toda la realeza. ¿Salvará esta vez a la humanidad, o terminará con ella antes que la magia oscura que debería erradicar?

5500071

ISBN 978-84-18027-72-7



9 788418 027727



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es